



PADRES Y PROFESORES: ¿“enemigos” irreconciliables?

— María Menéndez-Ponte —

“Tenemos más problemas con los padres que con los alumnos”. Esta queja es cada vez más frecuente en muchos colegios. Los directores de centros y profesores añoran aquellos tiempos en los que los padres les confiaban a sus hijos para educarlos con total y entera libertad según el ideario del colegio y según su buen hacer de profesores.

La dictadura de los padres



Hoy las cosas han cambiado. Los profesores ven a muchos padres como una amenaza constante que dificulta su labor docente. ¿Por qué? En unos casos, los padres se muestran demasiado indulgentes con sus hijos. En otros, les exigen lo que no

pueden dar de sí. Muchos padres abogan por la disciplina, pero en cuanto recae alguna sanción sobre sus hijos... ¡Con los lazos de sangre hemos topado! Y no hablemos de los deberes: que si son muchos, que si son pocos... ¿Y las notas? Antes de poner una nota, el profesor/a se lo piensa dos veces: “¿Cómo ha podido ponerle un 3’5, cuando ha estado estudiando todo el fin de semana su asignatura?” Y el tema de las pérdidas y desapariciones de objetos personales: “Oiga, que ya van tres relojes en lo que va de curso”. Y los contenidos de las asignaturas. Y el lenguaje de los chicos. Y...

A menudo los profesores se sienten a merced de la dictadura de los padres; incluso el director titubea a la hora de tomar muchas decisiones o las toma en función de las imposiciones de los padres. Al fin y al cabo son los que pagan. A menudo los profesores se sienten injustamente tratados: lo que yo diga no cuenta, sólo creen lo que les dice su hijo. A menudo se sienten infravalorados porque los padres se meten en su terreno: “¿Me va a decir a mí cómo tengo que enseñar?” A menudo se sienten sobreexplotados: “Es que nuestra función ya no tiene límites”. A menudo se sienten los malos de la película: “¡Tiene a mi hijo sin dormir!” A menudo

se sienten sobrecargados de responsabilidades: velar por la salud de cientos de niños durante los recreos es tarea de titanes. A menudo se sienten mercenarios de la educación: “Se supone que les pagan para que enseñen algo a los chicos, ¿no?”. A menudo...

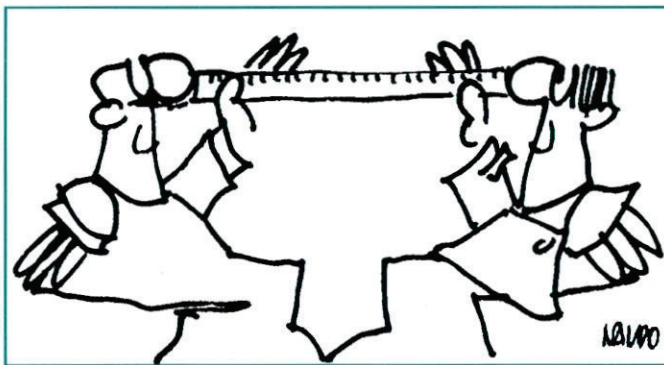
Los padres sufridores



Claro que también los padres sufren lo suyo. ¿Cómo es posible que todos los días al llegar del trabajo a casa tenga que ayudar a mis hijos a hacer cantidades ingentes de deberes? ¿Por qué no les dan en el colegio el material de todas las manualidades que les mandan?

¿Por qué los niños tienen que cargar cada día con una cartera que es el doble de su peso? ¿Por qué las vacaciones y los fines de semana no pueden ser para disfrutarlos en familia? ¿Por qué no les dejan tiempo para leer? ¿Por qué asumen los profesores que los padres son enciclopedias? ¿Cómo es posible que siempre que hay gimnasia el niño/a vuelva a casa sin alguna prenda? Oiga, que no pasa un día sin que a mi hijo le den un balonazo en el patio, a ver si ponen un poco de atención...

Hay sacos de quejas por ambas partes. Sacos que van engordando y que explotan el día en que el profesor llama a los padres para decirles que su hijo no estudia, o que se porta fatal en la clase, o que llega tarde todos los días. ¿Ah, sí? Pues será que usted no sabe motivarle. ¿Y cómo pretende que se porte bien si pasa ocho horas al día sentado escuchando unos rollos tremendos? ¿Y a usted no le ha pillado nunca un atasco...?



Acercar posiciones

¿Por qué hay dos posturas irreconciliables, cuando el interés es el mismo? ¿Acaso no pretenden ambos lograr una buena formación para los chicos? ¿Cómo pueden acercarse esas posiciones a veces tan distantes? Quizá nos sirva este decálogo.

1 No esperar a que surja un problema para verse por primera vez. Es fundamental establecer un buen cauce de información a través del cual los padres conozcan los planes de estudio y cómo se llevan a cabo en el colegio: qué metodología se sigue, cuáles son los objetivos de cada curso y los medios para lograrlo, qué profesores tienen sus hijos, qué actividades tiene el colegio, etc. ¡Se evitan muchas sorpresas!

Es verdad que muchas veces los colegios organizan reuniones para informar a los padres a principio de curso, y éstos no van porque piensan que ya se lo saben o porque no les viene bien y prefieren esperar a la entrevista personal donde el profesor tiene que volver a repetir todo lo ya dicho en esa primera reunión. También puede ocurrir que asistan pero que luego no se lean los papeles donde se explican los objetivos de cada asignatura durante el curso. En estos casos, es corriente que el padre se queje de que su hijo todavía no lea o no divida por tres cifras. Hay muchos padres ansiosos, preocupados por la nota de la selectividad, cuando su hijo está aún en primero de Primaria y que recuerdan perfectamente que a su edad ellos ya eran licenciados.

2 No convertir la entrevista personal en una descarga emocional de tensiones por ambas partes. La entrevista es una fuente de información fundamental sobre el alumno en ambas direcciones. Los padres informan al profesor de la vida familiar del alumno, de los problemas que tiene en casa: —hermanos, hijo único, padres separados, falta de sitio propio, etc.—, de su manera de ser —nervioso, tranquilo, pasota...— de las cualidades y puntos flacos —desordenado, inconstante, inmaduro...—, del horario, hábitos de estudio, estrés, etc. Y el profesor informa a los padres de la vida del alumno en el colegio: integración en la clase, lugar donde se sienta, rendimiento escolar, dificultades que tiene, comportamiento...

Aquí puede haber sorpresas. El niño que en casa es caprichoso, desordenado o contestón, en el colegio se porta de maravilla. O a la inversa. Porque los niños reaccionan de una u otra manera según el entorno y la persona que tienen enfrente. Como tampoco es lo mismo un niño considerado individualmente que en grupo. Y una clase son cada uno de los niños, pero también es el conjunto de esos niños, con un comportamiento grupal propio, que en nada se parece a sus características personales. Por eso, cuando el profesor dice que el niño no para de hablar y no atiende, los padres, acostumbrados a un hijo que pasa horas en silencio delante del televisor, abren una boca de buzón de correos y piensan: "Se

ha confundido de niño. Está hablando de otro".

Cuando la sorpresa es en sentido contrario no importa — a cualquier padre le gusta que le digan que su hijo es maravilloso—, si bien pueden surgir recelos: "Le gusta más el profesor que nosotros que somos sus padres". "Me parece que con este profesor hacen lo que les da la gana." "Yo creo que este profesor todavía no se ha enterado de cómo es nuestro hijo, pero espera a que avance el curso..."

3 No acudir al colegio únicamente para protestar. A los profesores también les gusta ser felicitados cuando se lo merecen. Pero estamos tan acostumbrados a que "ésa es su obligación", que sólo acudimos a solucionar conflictos, apagar fuegos o cantarles las cuarenta. Se nos olvida darles las gracias por todo lo que ha aprendido nuestro hijo durante el curso.

4 Ponernos en la piel del profesor, que está todos los días ocho horas con cuarenta niños de su padre y de su madre en una clase. Cuarenta niños que tienen muchísimas ganas de hablar. Cuarenta niños que tienen mil preguntas que hacer. Cuarenta niños dispuestos a replicar — "Yo no hablé, fue él..."—. Cuarenta niños que gritan mucho al hablar. Cuarenta niños con disculpas por haber llegado tarde o no traer hechos los deberes. Cuarenta niños nerviosos porque llueve y no pueden salir al patio. Cuarenta niños agobiados por los exámenes. Cuarenta niños que quieren hacer pis, o les duele la cabeza...

5 Escuchar, sin ponernos a la defensiva, lo que nos dice una persona que pasa todos los días ocho horas con nuestro hijo: "Claro, para él nuestro hijo es un número". Es verdad que a veces la actitud del profesor, también a la defensiva, no favorece el encuentro. En este caso, el profesor tiende a resaltar las dificultades del niño o agrandar el problema y pierde credibilidad. Una escucha limpia, sin preconcepciones, por ambas partes será un buen inicio para ahondar luego en el meollo de la cuestión a tratar.

6 No hacer comentarios negativos del profesor en casa: "Es un inútil, sólo sabe soltar la lección aprendida", o "¿Cómo se puede poner este examen a niños de quinto de primaria? ¡Qué bestial!", o "Estoy seguro de que si se lo preguntaran a él no tendría ni idea".

7 Intentar no predisponerse contra el profesor a causa de los comentarios de nuestros hijos. Porque el mismo profesor que un día "mola un mazo" y es "guay del paraguay", a la semana siguiente es el mismísimo Lucifer disfrazado de profesor. La realidad de los niños puede estar mediatizada por el tipo de actividades que llevan a cabo. No es lo mismo ir un día al planetario o jugar en clase que hacer un dictado y veinte cuentas.

8 Tener paciencia y darle un voto de confianza al profesor hasta hacerse con el grupo. Ésta es una de las tareas más difíciles que tiene por delante. Porque no hay reglas. Uno puede tener preparada una clase a base de mucha interacción con los chavales y ésta venirse abajo en dos minutos por falta de madurez en el grupo. O tener preparada una lección realmente magistral y que a los dos minutos todos abran la boca. A veces es preferible "perder" (que es ganar) un tiempo, que puede ser hasta uno o dos meses, en trabajar dinámicas de grupo para lograr disciplina, atención y motivación, que intentar meterles con calzador desde el comienzo de curso un programa que no van a asimilar.

9 Pensar que el profesor, además de profesor, es un ser humano y seguramente padre o madre de familia. Con lo cual también ve los toros desde la barrera y se enfrenta a los mismos problemas que nosotros: al llegar a

casa, después de ocho horas de clase, tiene que explicarle a su hijo cómo se hacen las ecuaciones de segundo grado. Aunque, eso sí, juegan con ventaja, por lo menos saben del tema y no tienen que empollárselo antes.

10 Tratar de ser realistas por ambas partes. Si los padres le dicen al profesor que su hijo está tres horas haciendo deberes, el profesor debería replantearse si no está exigiendo demasiado. Pero si es el profesor quien se queja de que el niño no pega sello, los padres deberían colaborar desde casa. Si hay que poner una sanción por repetidas faltas de cumplimiento, que al menos sea de alguna utilidad para el alumno. Si hay temas delicados que tratar, como puede ser la educación sexual, programar con antelación una reunión en la que discutir con los padres el grado de información que se les va a dar a sus hijos, etc.

Por supuesto hay que evitar una saturación de horarios por ambas partes. En ocasiones basta recurrir a la agenda escolar del niño para ciertas comunicaciones o incluso a una conversación telefónica. Y si el profesor ve que hay una especial dificultad en el grupo o temas puntuales que conciernan a todos o casi todos los padres, puede convocar una reunión colectiva en lugar de tener una entrevista con cada padre.



Los puntos negros

Hay una serie de puntos que, por conflictivos, deberían tratarse en una o más reuniones con los padres a lo largo del año. Éstos serían:

1 Los deberes: hay padres que abogan por deberes al peso. Unos porque quieren tener ocupados a los niños; otros porque piensan que cuantos más kilos de ciencia, más cerebritos serán sus hijos; y los más porque están obsesionados desde que el niño nace con el tema de la selectividad. En cambio, hay otros —entre los que me incluyo— que conciben los deberes como una manera de habituar a los niños a realizar un trabajo personal (no hecho por sus padres) y no una continuación de los mismos ejercicios ya realizados en clase hasta la saciedad. Hacer un trabajo creativo, resolver casos de tipo policíaco que ayuden a despertar la lógica del niño, leer un libro, aprenderse el papel para una obra, escribir un cuento, recitar un poema o cualquier otra actividad de este tipo serviría para motivar al niño a seguir trabajando sin la sensación de seguir haciendo lo mismo que en el colegio y le sería de bastante más provecho que seguir almacenando datos y datos en la cabeza.

2. La televisión: fijar unos tiempos razonables para verla y aprovecharla como un medio más de aprendizaje. Por ejemplo, como deberes vamos a ver todos la serie "x" y

localizar cuántas escenas de violencia han aparecido, cómo se trata la violencia, etc... O ver cuántos anuncios intercalan en cada descanso, analizar los mensajes que nos dan, cómo nos los dan, etc.

3 La disciplina: no como una derrama del principio de autoridad, sino del respeto a los demás: aprender a escuchar al prójimo, dejar trabajar al de al lado sin darle la vara, colaborar en el orden y cuidado de la clase, etc. Una disciplina, desde la cogestión alumno/profesor, que sirve para que los niños aprendan a convivir. En cuanto al tema de las sanciones, tratar de que sean útiles para el niño (hacer un trabajo extra, mejorar su ortografía si ésta es mala, etc. en lugar de copia cien veces "no lo vuelvo a hacer"), que el niño entienda el por qué de la sanción y, a ser posible, que tengan relación con la falta cometida.

4 Planes de estudio: los padres deben ser informados no sólo de los cambios producidos, sino del por qué de esos cambios (las necesidades de 1948 no eran las mismas que las del año 2.000 y unos niños que manejan ordenador, vídeo-juegos, etc. no pueden seguir haciendo cuentas con el bolí).

5 Contenidos: los padres, acostumbrados al sistema de aprendizaje memorístico deben saber que hay otros métodos de aprendizaje bastante más efectivos. Y que no por aprender antes a leer o a multiplicar su hijo va a saber más.

6 Pérdidas y desapariciones: establecer unas normas claras sobre la ropa marcada, el orden, los sitios donde los niños tienen que dejar su ropa cuando se cambian, vigilancia, etc.

7 Notas: explicar a los padres cómo se evalúa, hacer unos boletines con la mayor información posible y tomarlas como lo que deberían ser: un informe sobre la marcha del niño y no una calificación o descalificación de sus aptitudes.

8 Seguridad: establecer una normativa clara para los recreos respecto a balones que se pueden utilizar, juegos que pueden resultar peligrosos, etc.

9 Currículum: delimitar la importancia de cada asignatura. Muchas veces el que los padres consideren "marisacas" la gimnasia, la música o la plástica es culpa del propio colegio.

10 Sistema de enseñanza: informarles del que se sigue en el centro con el mayor detalle posible y de las posibilidades de optativas y actividades extraescolares.

ACTIVIDADES PARA UNA ESCUELA DE PADRES:



1. Analizar los puntos conflictivos y hacer una puesta en común de observaciones, quejas, desconocimiento e intereses de los padres en cada uno de ellos.

2. Tema para un debate: ¿La educación en el colegio corresponde a los profesores o los padres deben estar también presentes?